

Agatha Mystery

Primera edición: octubre de 2011

Título original italiano: *Furto alle cascate del Niagara*

Textos: Sir Steve Stevenson

Editing: Mario Pasqualotto

Cubierta original e ilustraciones: Stefano Turconi

Adaptación del diseño y maquetación: Emma Camacho

Edición: David Sánchez Vaqué

Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

Proyecto editorial de Dreamfarm s.r.l., via De Amicis, 53 - 20123 Milán, Italia

© 2010 Istituto Geografico De Agostini, S.p.S., Novara, por la edición italiana

© 2011 Paulino Rodríguez, por la traducción

© 2011 La Galera, SAU Editorial, por la edición en lengua castellana

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A, via Leopardi, 8 - 20123 Milán, Italia. foreignrights@atlantyca.it, www.atlantyca.com

La Galera, SAU Editorial

Josep Pla, 95

08019 Barcelona

www.editorial-lagalera.com

lagalera@grec.com

Impreso en Limpergraf. Mogoda, 29-31 Pol. Ind. Can Salvatella.
08210 Barberà del Vallès

Depósito legal: B-26.371-2011

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-3645-6

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneo de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Sir Steve Stevenson

ROBO EN LAS CATARATAS DEL NIÁGARA

Ilustraciones de
Stefano Turconi

Traducción de Paulino Rodríguez



CUARTA MISIÓN

PARTICIPANTES



Agatha

Doce años, aspirante a escritora de novela negra, tiene una memoria formidable.



Larry

Chapucero estudiante de la prestigiosa escuela para detectives Eye.



Mister Kent

Ex boxeador y mayordomo con un impecable estilo británico.



Scarlett

Intrépida periodista que siempre viaja a lugares insólitos y llenos de aventuras.



Watson

Pestilente gato siberiano con el olfato de un perro conejero.

DESTINO: CANADÁ - CATARATAS DEL NIÁGARA



OBJETIVO

Encontrar en los misteriosos y espesos bosques canadienses a un ladrón astuto y muy hábil, el famoso Ratmusqué.

Doy las gracias a la oficina de turismo de la región de Muskoka y a la Policía Montada de Canadá por el material de consulta. A Gianfranco Calvitti y a Davide Morosinotto, por sus consejos en la construcción de la trama. A Frida Bifulchetti, por su paciencia (¡te juro que el próximo verano haremos vacaciones!).

A mi amiga Ermanna



En la terraza del último piso del hotel Baker Palace, los rayos color calabaza de la puesta de sol londinense se filtraban a través del batiburrillo de antenas y plantas ornamentales y llegaban al ático supertecnológico de Larry Mystery. Aquella luz cegadora conseguía amortiguar el perenne desorden del apartamento, mientras su único inquilino se dedicaba a la actividad que mejor se le daba: provocar un desorden aún mayor.

Larry Mystery, de catorce años, de complexión delgada y pelo negro alborotado, estaba muy atareado con sus diversos ordenadores: música rock a todo volumen en los auriculares, amigos en el chat,





unas veinte páginas web abiertas y, sobre todo, nuevos programas para el EyeNet, el artefacto que la escuela para detectives donde estudiaba entregaba a sus alumnos.

Sobre una mesa abarrotada de objetos, el valioso instrumento de titanio vibraba por la rápida entrada de datos. De vez en cuando, Larry lo miraba para asegurarse de que todo se desarrollaba sin problemas. Los nuevos programas que estaba descargando le permitirían visionar microfilmes, conectar el dispositivo sin hilos con otros periféricos y desplazar el alineamiento de los satélites en tiempo real. El joven aspirante a detective esperaba con ansia el momento de experimentar aquellas apasionantes novedades en una investigación.

— Ya lo verás, Sherlock Holmes — dijo riéndose por debajo de la nariz —. ¡Muy pronto me convertiré en el detective más famoso de Londres!

Con un aire de satisfacción, puso los pies sobre



el escritorio y se balanceó en precario equilibrio sobre las ruedas posteriores de la silla. Fue una maniobra arriesgada, porque inmediatamente las juntas de plástico cedieron con un sonoro ¡CRAC! y Larry cayó de espaldas sobre la polvorienta moqueta arrastrando consigo cables, monitores y ordenadores.

— ¡Ah, oh, qué desastre! — gimió mientras intentaba desembarazarse de todos los aparatos que lo aprisionaban.

Por suerte estaba solo, sin nadie que presenciara la escena... ¡No era precisamente una imagen digna del mejor detective de Londres!





Entonces vio una silueta ante el jazmín de la terraza. Era la de un hombre con un sombrero marrón y una gran cámara fotográfica que le tapaba la cara.

Rápidamente, brillaron dos flashes, uno detrás de otro, y luego la misteriosa silueta se desvaneció.

— ¡Eh, espera! —gritó Larry—. ¿Quién te ha dado permiso para... para...? ¡Oh, ostras! —La voz se le quebró en la garganta. ¿Por qué lo habían inmortalizado en una situación tan comprometida?

Solo había una única y desagradable explicación: su escuela lo estaba vigilando. Y no se trataba de una vigilancia cualquiera: ¡en la Eye International trabajaban los mejores expertos del sector!

Larry se incorporó de un salto, recogió la Eye-Net de la mesa y abrió de par en par la puerta de la terraza. Se asomó a la escalera de emergencia: el sombrero marrón saltaba hacia el piso inferior. ¡No podía perder ni un instante!



—Larry, tranquilo —se dijo el chico—. Conoces los procedimientos, ¿no?

Durante el último mes había participado en los cursos de Persecución y Distracción del profesor MP37 y había aprendido que hay tres reglas fundamentales en la persecución.

Primera regla: *No llamar nunca la atención.*

Segunda regla: *No perder nunca de vista a la presa.*

Tercera regla...

Hummm..., ya la había olvidado.

—Debería haberme estudiado mejor el manual —se reprochó—. ¡Mi prima Agatha lo guardaría entero en sus famosos cajones de la memoria!

Bajó corriendo por la escalera y llegó al piso inferior, justo a tiempo para ver cómo se cerraba la puerta del ascensor. Los números de la pantalla electrónica indicaban que descendía a la planta baja.

Larry se mordió un labio: ¿qué podía hacer ahora?



— ¡Bajaré por la escalera! — decidió chascando los dedos.

Descendió los quince pisos a toda velocidad y cuando llegó al vestíbulo del Baker Palace estaba empapado de sudor.

— ¿Ha visto pasar a un hombre con un sombrero marrón y una cámara fotográfica? — preguntó al portero.

El viejo conserje pareció sorprendido:

— ¿Se refiere a mister Martins? — replicó con una vocecita temblorosa—. Creo que acaba de salir del edificio.

Larry abrió los ojos como platos y en una millo-nésima de segundo se precipitó fuera del edificio.

¡No se lo podía creer!

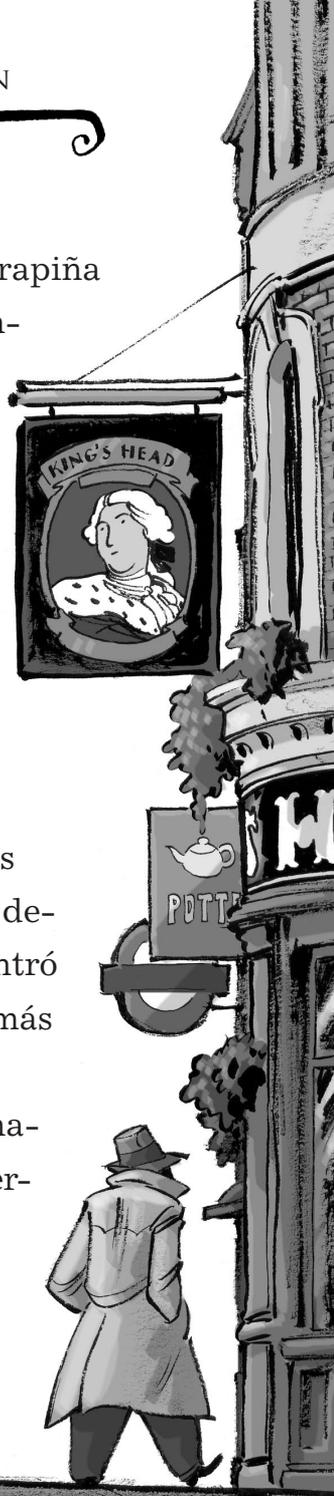
Mister Martins era el vecino que siempre se quejaba... ¿Quién podría sospechar que era un espía de la escuela? ¡Tenía que atraparlo de inmediato, arrebatarse las fotos que lo comprometían y decirle cuatro cosas!

Examinó la calle como un ave de rapiña e identificó el sombrero marrón junto a una entrada del metro. Mister Martins avanzaba a paso ligero y de vez en cuando se miraba el reloj de pulsera, como si llegase tarde a una cita. Parecía no haberse dado cuenta de que tenía a Larry a sus espaldas.

— ¡Te atraparé, figgón de tres al cuarto! — gruñó el chico.

Doblaron una esquina uno detrás del otro y siguieron por callejones desiertos. Hasta que mister Martins entró en el King's Head, uno de los pubs más elegantes del centro de Londres.

Larry se paró a pensar qué debía hacer. ¿Cuál era la tercera regla de la per-





secución? ¿Debía entrar a escondidas o esperar a que la presa saliese del local?

Tras un momento de duda, decidió acercarse a la ventana del pub para observar los movimientos de mister Martins. El hombre hablaba con una mujer que se ocultaba bajo una peluca muy rubia, vestía una gabardina larga y gris y llevaba gafas de sol. Aunque con aquel disfraz era imposible reconocerla, seguro que ella era también una agente de la Eye International.

— ¡Ostras, le está dando la cámara fotográfica!
— Larry se estremeció, pensando en su estrepitosa caída—. ¡Me expulsarán de la escuela por chapucero!

De pronto, la mujer volvió sus ojos hacia la ventana, y Larry se pegó inmediatamente a una tubería oxidada para que no lo viese. Y en aquel preciso momento le vino a la mente la tercera regla de la persecución: *Procura no caer en ninguna trampa.*



— ¡Ah, oh, me han tendido una trampa! — murmuró mientras se pasaba una mano por el pelo—. ¡Tengo que esfumarme lo más rápido posible!

Y se disponía a bajar la calle silbando, justo cuando mister Martins y su cómplice salieron del local. Larry se tiró inmediatamente dentro de un contenedor de basura y se acomodó en un rincón resguardado, rodeado de bolsas negras y fétidas. La perspectiva de que lo descubriesen le ponía los pelos de punta.

— ¡No, no, no! — imploró en voz baja mientras echaba una ojeada al exterior—. ¡No quiero suspender!

Afortunadamente, los agentes de la Eye International desaparecieron tras la primera esquina. Larry soltó un suspiro de alivio y abrió el contenedor.

— Je, je, me han puesto a prueba — dijo muy contento mientras limpiaba la suciedad de su ropa —, ¡pero yo he reaccionado de forma brillante!



Ni siquiera le había dado tiempo a completar la frase cuando la EyeNet emitió un sonido. Larry pensó que era la felicitación del profesor de Persecución y Distracción, pero cuando leyó el mensaje en la pantalla su cara se puso blanca como el papel.

—¿Una misión urgente en las cataratas del Niágara? —gritó—. ¿Justo ahora que tengo pinta de pordiosero?

Se quitó una piel de plátano que llevaba en una manga y se dirigió inmediatamente al metro. De algo estaba seguro: ¡sin la ayuda de su prodigiosa prima Agatha Mystery tendría un serio problema!



Mystery House era una majestuosa residencia victoriana cubierta con tejas azules que se alzaba en medio de un amplio jardín, muy cuidado, situado al sur del Támesis. Los transeúntes confundían a menudo la propiedad con un parque público y se detenían ante la gran verja monumental para ver a qué hora abrían las puertas. Como no veían el horario por ninguna parte, seguían andando decepcionados entre los tétricos edificios del barrio.

Daba la impresión de que ni siquiera había un timbre, pues estaba astutamente escondido en un ladrillo de la columna. El matrimonio Mystery prefería la calma absoluta durante sus cortas

CAPÍTULO 1



estancias en Londres; eran unos trotamundos incansables, siempre en viajes de trabajo. En esos momentos estaban en la taiga finlandesa estudiando las migraciones de las ocas salvajes, de forma que en la residencia solo se encontraban su hija Agatha, de doce años, el mayordomo, mister Kent, y el gato Watson.

Aquel fresco día de finales de octubre, Agatha había decidido catalogar los libros de la biblioteca





familiar. Había empezado por la mañana, muy temprano, y aún se paseaba por la gran sala con su inseparable libreta; desde hacía generaciones, nadie había redactado un inventario de las enciclopedias, las novelas y las revistas que reposaban en las estanterías.

Agatha era una lectora infatigable; en los libros encontraba información muy variada que archivaba en sus famosos cajones de la memoria y que siempre podía resultar útil en una investigación.

Watson la seguía intrigado, jugaba con un ovillo de lana y rodaba alegremente sobre las alfombras persas.

—El cielo se está oscureciendo. ¿Puedes dar la luz? —dijo la chica al mayordomo.

Silencioso como una sombra, mister Kent se arregló la pajarita del esmoquin y se dirigió a la centralita eléctrica. Apretó una serie de interruptores, y las suntuosas lámparas de cristal de Bohemia arrojaron una intensa claridad sobre la sala.